

493 DÍAS DESPUÉS

Por JUAN PABLO BARRERA

Estaba tirado en el sillón mirando por la ventana del departamento del cual apenas se puede ver un pedazo de cielo y más departamentos, pensaba que desde este piso 11 a veces dan ganas de tirarse, pero no creo tener la cobardía para no seguir afrontando tu ausencia. Entonces el teléfono me sacó de ese soliloquio. El mensaje me venció, me dio un golpe directo al mentón que me noqueo, solo asentía, no podía pronunciar palabra, creo que no pronuncié palabra en toda la comunicación solo corté incluso antes que terminara.

- ¡Buen día! Me comunico del estudio jurídico, es por el tema de la casa, lamentablemente hemos perdido el juicio ante la empresa constructora que va a realizar el complejo edilicio Lomas del Paraíso y habrá que vender la casa. Tengo entendido que van a pagar de acuerdo al valor del mercado, que es un valor muy inferior al que esperábamos y de eso habrá que restarle nuestros honorarios. Tiene tiempo hasta mañana a las 17hs para sacar lo que esté dentro del domicilio cualqu...

Sigo repasando en mi cabeza los momentos en esa casa, la que elegimos juntos, que llenamos de esos muebles antiguos que tanto te gustaban, yo con una buena tele me conformaba, recuerdo que la elegimos por las hamacas del patio, pienso en el hijo que no tuvimos, entre dientes puteo y como puta la vida nos separó con ese golpe seco del camión descontrolado contra tu auto cuando volvías de la fiesta de tu trabajo, ese trabajo que cada vez te llevaba más tiempo, entendí que era tu refugio. La llamada a las 3 de la mañana el teléfono como un taladro en la cabeza y de ahí todo el caos y la tristeza que dura hasta hoy.

No volví a la casa, han pasado 493 días, todo quedó así desde ese día. El avance de la ciudad llevó a que en la zona le compraran la casa a todos los vecinos para construir más edificios. Yo no podía vender nuestro lugar, no podía Martina, pero ahora la justicia me obliga a la venta, pero eso no es todo, me veo obligado a ir otra vez a nuestro lugar por el que no pase más.

Estoy parado frente a la casa hace varios minutos, paralizado ante lo material tan cargado de emocional. Se me caen las lágrimas. Algunos de los que pasan miran. Me decido a entrar y ahí está todo intacto, lleno de tierra, pero igual. La cama como quedó esa noche, los discos de pasta de los Beatles, esa silla estilo Luis XV que teníamos en el living, lleno de fotos de nosotros, esa en el mar con vos haciendo esa pirueta es la que más me gusta, me la tendría que haber llevado. Quizás volver y llevarme algunas cosas para no tener solo imágenes del celular, llevarme ese imán de la heladera de Río de

Janeiro o el de las Cataratas, más cosas para recordarte de otra manera en mi departamento.

Recorro cada rincón de ese lugar detenido en el tiempo, lleno de pasado que es tan presente y que apaga el futuro. Voy lento, viendo qué rescatar, el resto lo venderé. Decido sentarme en el sillón y una nube de polvo se esparce por todos lados, empiezo a toser, me ahogo un poco, veo que en la maquina contestadora vintage en la que insististe comprar en ese mercado de pulgas hay mensajes, una luz titila muy tenue. En algún momento la usamos para dejarnos mensajes más allá de los celulares. Lloro otra vez. Me intriga que mensaje se ha guardado ahí, presiono el botón y no se reproduce, lo muevo, soplo para liberarlo del polvo y en ese momento se escucha a un tal Joaquín aparentemente preocupado porque no le avisaste que habías llegado, que no quería que te fueras así apurada, que te extrañaba ni bien te fuiste.

Acá estoy sentado en la hamaca del jardín, una pila enorme de muebles, fotos, e imanes se prende fuego ante mis ojos, me prendo un pucho con el mismo encendedor con el cual empecé el incendio, miro como se consume todo. Me levanto muy lentamente y salgo por la puerta del jardín.